

Del castillo de Peralada, salían las alas de un poema

Fue en una visita a mi gran amigo, ex-condiscípulo, Mn. Joan Janoher, a la sazón, Capellán y Bibliotecario del Castillo de los Condes de Peralada, propiedad de don Miguel Mateu. Reiteradamente invitado por mi amigo, pasé unos pocos días de asueto en la casita que él, en compañía de su madre, habitaba, situada en un bello rincón de los jardines del Castillo. Son unos días inolvidables, llenados por interesantes coloquios. Y es que una conversación con Mn. Janoher, cualquiera que fuese el tema, acababa siempre en trascendentes elocubraciones.

Para no repetirme, en esta misma revista, remito mis lectores al número 35 (año 1966) de «Revista de Gerona», donde encontrarán unas notas biográficas de este culto sacerdote, cuya prometedora vida trucó la revolución de 1936.

Había quien se preguntaba por qué Mossén Janoher había ido a «enterrar» su juventud en un Castillo. Nada de esto. Obtenida la Licenciatura en Filosofía y Letras, pensaba prepararse para tomar parte en unas oposiciones a cátedra y le convenía disponer de Libros y de tiempo: esto lo encontraría en el Castillo de Peralada, si aceptaba la Capellanía áulica, doblada de dedicación cultural, que la prócer familia Mateu le ofrecía. Esto solucionaba, de momento, poder vivir en compañía de su madre, sola en el mundo, que empezaba a envejecer; podría vivir entre libros, los que quisiera, los que más necesitara, ya que sabía que don Miguel Mateu estaba dispuesto a adquirir, para la antigua y bien nutrida biblioteca condal, todos los libros que su experto bibliotecario propusiera; y gozaría de muchas horas libres, en aquella «señorial soledad», para prepararse a cátedra.

De como, sin haberse propuesto ser definitivamente bibliotecario, había cobrado afición a «su» Biblioteca, nos lo dice el hecho de haber dejado, en poco tiempo, el catálogo casi completo y a punto de ser publicado.

No puedo evocar mi breve estancia en la casita del Capellán del Castillo de Perelada sin tener un emocionado recuerdo por su buena madre, una mujer amable, discreta y señora en sus simples maneras, que, al cabo de poco tiempo, vería desaparecer a su hijo en la vorágine de la revolución.

En la época de mi visita a Perelada, los señores Mateu estaban ausentes de su noble mansión. No pude, por tanto, trabar relación con ellos. En compensación, pude visitar ampliamente el castillo y, sobre todo, bucear extensamente en la riqueza bibliográfica de su Biblioteca.

* * *

En uno de los interesantes coloquios con Mn. Janoher, durante mi breve estancia en Perelada, salió a colación la idea siguiente: ¿si volviera al mundo alguno de los grandes filósofos de la antigua Grecia, que vivieron antes

de la Era Cristiana, se admirarían del progreso mecánico de qué nosotros gozamos en pleno siglo XX? Tal vez calculando los muchos siglos transcurridos, entre ellos y nosotros, lo encontrarían natural. Pero lo que seguramente les causaría admiración y extrañeza sería ver como nos arrodillamos, en actitud de adoración, ante un Crucificado. Yo me entusiasmé con la idea, y ya no pude deshacerme de ella hasta haberla desplegado en un poema: **«Lantic filosof i el modern poeta»**. Publicado en 1933, al cabo de poco se hizo una segunda edición. Ambas ediciones, ilustradas por Mn. Ernest Mateu. Tal como había quedado redondeado dicho poema, no hacía preveer una segunda parte, pero, mucho más tarde, escribí un **«Soliloqui del modern poeta»**, y con los dos poemas construía la primera y la segunda parte de un todo titulado **«Veni, Creator»**.

Con razón podía yo encabezar este artículo con el título: **Del Castillo de Perelada salían las alas de un poema.**



Això seria el somni d'una nit d'hivern.
A l'ombra de les nobles parets del
castell dels Rocaberti, orgull d'aquella
vila empordanesa on el nostre Muntaner féu conei-
xença amb el Rei Conqueridor, s'espanollava aquesta
fantasia, una llarga vesprada gemegosa de fred i
de tramontana.

Un monorítmic brollador anava enfilant les
hores al vell parc senyorial.

De tard en tard, les òlibes ziscloven i carris-
quejaven paorosament.

L'amistat i la simpatia d'un bibliòfil, desempol-
sador, ordenador i vivificador de l'antiga biblioteca,
havia acollit amablement unes meves curtes jornades
de vacança.

7

Primera página de la introducción al poema inicial, como puede apreciarse, va acompañada de la silueta del Castillo de Perelada.